

culpa, vais perdiendo los mejores años de vuestra vida, y robais á Dios los servicios de vuestra infancia, que son los que él mas estima : pensad que la primera edad es la que regularmente decide de nuestra salvacion ó condenacion, y que muchos se pierden por haberla empleado malamente : pensad que la salvacion depende ó en todo ó en gran parte del comportamiento que se tiene en la niñez, porque, como nos asegura el Espíritu Santo, el camino que el hombre toma en su juventud no suele dejarle hasta la muerte.

Así que, si vosotros deseais conseguir el cielo, que es el fin para el cual Dios os crió, es menester que comenceis á buscarle desde ahora, tomando el camino que conduce á él infaliblemente. Todo está en que vosotros, conociendo que Dios es vuestro último fin y el cielo vuestra patria, aspireis con todo el corazon á conseguirlos. Decidme, pues, ¿deseais de veras ver y gozar de Dios en el paraíso?—(Sí, padre). Si verdaderamente lo deseais, es claro que tambien quereis emplear los medios necesarios para alcanzarlo : ¿no es verdad?—(Sí, padre). Y como el medio para llegar á ver á Dios en la otra vida es amarle y servirle en esta, tambien debo suponer que teneis el ánimo de hacerlo del mejor modo que sepais : ¿no es así?—(Sí, padre). Pero y esos pecados que habeis cometido, y que son un obstáculo para llegar á ver á Dios, ¿tambien los confesaréis, hijos míos, tambien los detestaréis?—(Sí, padre). ¿Me lo prometéis?—(Sí, padre). ¿Y los confesaréis todos, sin callar uno solo por temor ó vergüenza?—(Sí, padre). ¡Bendito sea Dios! yo no me prometeria de muchas personas grandes lo que acabo de conseguir de vosotros, amables criaturas : con gran consuelo mio comienzo á ver que Dios bendice mis trabajos, y que no en vano elegimos á su bendita Madre por patrona de estos ejercicios. Encomendémonos á ella de todo corazon, para que con-

tinúe en dispensarnos su proteccion santa ; y para que quede en algun modo obligada, arrodillados á sus piés, recémosle por despedida tres *Ave Marias*.

Hecho esto, el cura despida con buen modo á los muchachos, encargándoles que no hagan ruido al salir de la iglesia, que se vayan en derechura á sus casas, sin detenerse en la calle, y que procuren ser puntuales en asistir al primer ejercicio del dia siguiente.

SEGUNDO DIA DE EJERCICIOS.

El ejercicio de la mañana será el mismo que ayer, teniendo empero cuidado de ir variando el catecismo sobre las disposiciones necesarias para la confesion y comunión, conforme dijimos en las advertencias preliminares.

El del mediodía se hará tambien del mismo modo que ayer, solo que en vez del exámen que allí se propuso, se pondrá otro en los términos siguientes :

El traidor Judas.

Probet autem seipsum homo, et sic de pane illo edat. (I Cor. XI, 28).

¿Habeis oido hablar, hijos míos, de un tal Judas que fue discípulo de Jesucristo? Este fue un malvado que, habiendo recibido de su Maestro los mas señalados favores, se los pagó con la mas negra ingratitud. Jesucristo le habia hecho el grande honor de elegirle por uno de sus Apóstoles, le habia dado poder para curar milagrosamente á los enfermos y á los endemoniados, le habia nombrado tesorero de los pocos caudales que tenia, cosas todas que, como veis, debian haberle

inspirado los mas vivos sentimientos de amor y fidelidad. Pero ¿qué hizo el desgraciado? En vez de ser uno de sus discípulos mas fieles y agradecidos, se conjuró contra él, le vendió á los judíos, y se lo entregó por el vil precio de treinta dineros.

En vano Jesucristo tanteó todos los medios para apartarle de tal maldad; en vano le lavó los piés, se los besó, y le abrazó amorosamente; en vano le dió á entender que ya sabia que trataba de venderle á los judíos, dándole con esto una correccion disimulada y amorosa: todo fue inútil. Judas, el ingrato Judas va á encontrar á los principales de entre los judíos, y les dice: ¿No sois vosotros los que buskais á Jesús de Nazaret para matarle? ¿Cuánto quereis darme, y yo os le entregaré? *Quid vultis mihi dare, et ego vobis eum tradam?*—Te daremos, le responden, treinta dineros de plata.—Ya está hecho, dice el desalmado; esta misma noche le pondré á vuestra disposicion.—Toma al punto algunos hombres armados, y se dirige al huerto de Getsemaní, donde sabe está Jesucristo haciendo oracion con sus discípulos; y mientras están por el camino dice á los soldados: Aquel á quien yo daré un beso es Jesús de Nazaret; atadle fuerte, para que no escape: *Quemcumque osculatus fuero, ipse est, tenete eum.*

Diciendo esto, entran de tropel en el huerto: viéndoles Jesucristo se levanta de la oracion, y, adelantándose algunos pasos hácia los que van á prenderle, repara que Judas va al frente de ellos, conduciéndolos como capitán. Buen amigo, le dice, ¿qué vienes á hacer aquí? *Amice, ad quid venisti?*—Adelantándose Judas hácia él, le abraza y le da un beso. ¡Ah Judas! le dice el amabilísimo Jesús, ¿con un beso me vendes? El beso es señal de amor, y no de traicion: cuando yo pocas horas há te he dado un ósculo en el cenáculo, no ha sido ciertamente para venderte, sino para declararte mi entraña-

ble amor, y darte á conocer que, no obstante tu malicia, aun estaba dispuesto á perdonarte. Pero tú, ingrato, te sirves de esta señal de amistad para entregarme á mis enemigos. *Osculo tradis Filium hominis.*

Hijos míos, yo os veo enternecidos, y observo que las lágrimas corren por el rostro de algunos... ¿Os entenece el ver el modo con que el ingrato Judas trató al amabilísimo Jesús? Pues sabed que aun le trata mas indignamente el que comulga en pecado. Este infeliz entrega tambien á Jesucristo, no ya á los judíos que, aunque muy malos, al fin eran capaces de algun sentimiento de humanidad, sino á los demonios, que son sus mas implacables enemigos. Sí, sí; á los demonios entrega al Salvador el que le recibe en pecado mortal. Y sino decidme: ¿qué es comulgar en pecado? Es colocar á Jesucristo en un corazon que está todo lleno de bestias infernales: es poner á Jesucristo en un corazon en el que Lucifer ha levantado su trono, y en el que manda como rey y dispone como señor absoluto: es arrojar á Jesucristo á los piés de Satanás, para que este mónstruo le insulte y le escarnezca. ¡Oh! cómo puede el demonio burlarse de él, dirigiéndole estas insultantes palabras: «Vos pensábais haberme vencido en la cruz, «pero ¿dónde está vuestro triunfo? Esta alma ¿es vuestra ó «es mia? Mia es, y no vuestra; pues yo habito en ella como «rey, y Vos como esclavó. ¿Qué fruto sacais de haber padeci- «do tanto, y muerto por ella? Yo, sin padecer ni morir por su «amor, he logrado que me prefiera á Vos. ¿No veis como os «ha sacado del altar de su corazon, para que yo sea adorado «en él?...»

Lo peor es, hijos míos, que el que indignamente comulga se sirve tambien, como Judas, de una señal de amistad para entregar á Jesucristo á los demonios. Sabiendo el desalmado que el Salvador está noche y dia en el sagrario, dice á los de-

monios, si no con palabras, con las obras : Yo sé dónde está Jesús, á quien teneis un odio irreconciliable ; y tengo medios para hacer que venga á parar en vuestras manos. ¿Qué que-
reis darme, y yo os le entregaré? *Quid vultis mihi dare, et ego vobis eum tradam?* Dicho esto se encamina al altar donde está Jesucristo, y entre tanto va diciendo á los demonios : Aquel á quien yo recibiré bajo la figura de una hostia, aquel es Jesús ; apoderaos de él, y tenedle : *Quemcumque osculatus fuero, ipse est, tenete eum.*—En vano Jesucristo le habla desde el sagrario, y le dice : buen amigo, ¿qué vienes á hacer aquí? ¿vienes para venderme, ó vienes para adorarme?... ¿vienes á entregarme tu corazon, ó vienes á traspasar de nuevo el mio?... *Amice, ad quid venisti?*—¡Ah! parece que reconven-
ciones tan tiernas y amorosas deberian hacerle entrar en sí, y detenerle para no pasar adelante ; pero él, lleno de osadía y atrevimiento, se adelanta algunos pasos mas, se acerca á la sagrada mesa y se arrodilla al pié de los altares. ¡Ah ingrato! le dice Jesucristo, hablándole otra vez al corazon : *Osculo tradis Filium hominis?* ¿Con un beso me vendes?... ¿Con un ósculo de paz me entregas á mis enemigos?... ¿Con capa de amistad me clavas el puñal en el corazon?... *Osculo tradis Filium hominis?*

Niños muy amados, vosotros veis el modo indigno con que el sacrílego trata al amabilísimo Redentor, vosotros veis el grande atentado que comete este nuevo Judas. ¿Habrás entre vosotros quien tenga corazon para hacer á Jesucristo una injuria tan execrable? Estoy cierto que no, y que primero perderíais mil veces la vida. Pues si no quereis hacérsela, practicad cuidadosamente aquel documento de san Pablo que dice : antes no te acerques á la santa comunión, mira y examina bien tu conciencia, para saber si hay algun pecado que te haga indigno de recibirla. Ayer os dije lo que debíais examinar

sobre los dos primeros mandamientos, y supongo lo habréis hecho con todo cuidado y atencion : hoy vengo á deciros lo que debéis examinar sobre el tercero y el cuarto.

El tercer mandamiento dice : *Santificarás las fiestas.* Sobre este mandamiento examinad : 1.º si habeis oido misa entera todos los dias que lo manda la Iglesia ; si la habeis dejado ó truncado para jugar, por pereza de asistir, ó por otro motivo frívolo ; y si habeis estado en ella voluntariamente distraidos, charlando, mirando acá y acullá, ó teniendo el pensamiento puesto en cosas del mundo : 2.º si voluntariamente os habeis puesto en la imposibilidad de oirla, ó en peligro de perderla, ó formásteis resolucion de dejarla, aunque despues la hayais oido : 3.º si habeis hecho travesuras en la iglesia al tiempo de los divinos oficios, como tirar piedras, daros golpes unos á otros, distraiendo á los demás : 4.º si habeis comido carnes en la Cuaresma, en los viernes y otros dias prohibidos, no teniendo la Bula que llamamos de carnes ; y si, sin tener la de Cruzada, habeis en dichos dias comido huevos ó lactici-
nios : 5.º si habeis pasado alguna Cuaresma sin confesar, ó si, confesando, lo habeis hecho malamente. Todos estos puntos debéis examinar sobre el tercer mandamiento, contando, si posible es, las veces que habeis faltado en cada uno.

El cuarto mandamiento dice : *Honrarás al padre y á la madre.* Sobre este precepto procurad averiguar : 1.º si habeis desobedecido al padre, á la madre, al amo ó á otro superior, cuando os han mandado alguna cosa de importancia y tocante á vuestro bien ó al buen gobierno de la familia, como por ejemplo, que no tratáseis con aquel mal compañero, que no entráseis en tal casa, que no saliéseis de noche, que asistiéseis al catecismo, etc. : 2.º si les habeis hablado con insolencia, respondiéndoles con mal modo cuando os avisaban, levantando la voz cuando os reñian, haciéndoles mala cara ó

mirándolos de reojo cuando os daban alguna correccion, ó lo que aun seria mucho peor, amenazándoles de palabra ó con algun gesto : 3.º si los habeis amado como Dios os manda ; si les habeis deseado algun mal, ú os alegrásteis de que les haya venido ; si les habeis dado algun disgusto que les haya perjudicado en los intereses ó en la salud : 4.º si os habeis descomedido con algun sacerdote, ó con alguna autoridad, ó con alguna persona anciana y respetable, faltándoles al respeto y veneracion que les eran debidos.

Hé aquí los puntos capitales sobre que os habeis de examinar en órden á estos dos mandamientos, hacedlo con todo cuidado y diligencia ; porque, si por falta de exámen se os olvidase algun pecado grave, esto solo bastaria para hacer nula vuestra confesion. Mañana estaremos ya en el tercer dia de ejercicios ; y así conviene que comenceis la confesion general, á fin de que podais hacerla mas despacio, y venir al confesonario tantas cuantas veces sea menester, antes que llegue el dia de comulgar. Mañana, pues, acabado el primer ejercicio, yo iré al confesonario, y vosotros podréis venir á confesar lo que entre tanto tengais examinado. ¿Lo entendéis? —(Si, padre). Idos ahora á casa, y cuidado en no distraeros demasiado ; acordaos que estamos en ejercicios, y que esta es cosa que tal vez no volveréis á hacerla en toda vuestra vida. Adios chicos... pero no, que seria una gran descortesía salirnos de la iglesia sin decir nada á esa bendita Reina, de quien tantos favores experimentamos. Saludémosla, pues, con una *Salve*.

El ejercicio de la noche se hará como ayer, menos la plática que será la siguiente :

El sacrificio de la niñez.

Memento Creatoris tui in diebus juventutis tuæ. (*Eccles. xii, 1*).

¿Os acordais, hijos mios, de que ayer me dijisteis que, ya que habeis sido criados para amar y servir á Dios, queriais comenzar á hacerlo desde ahora, sin esperar á que os lleguen los años de la vejez? ¿Lo teneis presente?—(*Si, padre*). Tal vez cuando me dijisteis esto no conocías bien la estrechísima obligacion que teneis de hacerlo, y quizá todavía creeis que, consagrando vuestra primera edad al Señor, le haceis un obsequio gratuito, el cual, si quisiérais, podríais justamente negarle. Si tal fuese vuestra persuasion, os advierto que os engañais muy cándidamente. Consagrarse al amor y servicio de Dios desde la niñez, no es un obsequio libre que se le hace, sino una obligacion rigorosísima que se cumple, y de la cual nadie se puede dispensar.

Tan léjos estamos de que nos sea libre el comenzar á servir á Dios en esta edad, que por el contrario somos mas obligados á ello en este tiempo que en ningun otro. En todas las estaciones de la vida debemos amar y servir á Dios, en la niñez y en la juventud, en la virilidad y en la vejez ; pero en la niñez esta obligacion es mucho mas estrecha y rigorosa. ¿Y sabeis por qué? Porque negarle el amor en esta edad, es negarle el sacrificio de la parte mas hermosa y apreciable de la vida, es manifestarse ingrato al amor especial que en esta edad él nos manifiesta, es abusar de las gracias y favores que en este tiempo mas que en ningun otro nos dispensa. Escuchad, hijos, escuchad atentamente lo que sobre esto voy á decir, y veréis la estrechísima obligacion que teneis de co-

menzar desde ahora á amar y servir á Dios, sin que de ningun modo os sea lícito el diferirlo para mas adelante.

En el principio del mundo hubo dos hermanitos llamados el uno Cain y el otro Abel, el primero de los cuales era labrador, y el segundo pastor de ovejas. Habiendo tanto el uno como el otro recibido de Dios grandes bienes, resolvieron de comun acuerdo hacerle un sacrificio en señal de su amor y agradecimiento. ¿Qué hicieron para esto? Cain tomó algunos haces de trigo de sus campos, y Abel cogió algunos corderillos de su rebaño; y poniendo cada cual lo suyo sobre un altar, lo ofrecieron á Dios, suplicándole se dignase manifestarles con una señal sensible si sus ofrendas le eran agradables ó no. No tardó el Señor en cumplir sus deseos: mientras estaban arrodillados ante los altares, cada cual ante el suyo, esperando la señal de aceptacion, vió Abel que del cielo bajaba una hermosísima llama á consumir su sacrificio, señal evidente de que Dios lo recibia con agrado; mas Cain, por mas que estaba mirando atentamente á lo alto, no vió bajar ni una chispa de fuego sobre el suyo, indicio claro de que Dios lo aborrecia y detestaba.

¿Y por qué, me preguntaréis, Dios aceptó el sacrificio de Abel, y despreció el de Cain? — Yo os lo explicaré, hijos míos, y quiera Dios que mis palabras os hagan abrir los ojos. Abel escogió para el sacrificio los corderos mas gordos y hermosos que encontró en su rebaño, creyendo que á Dios debía darle lo mejor, y por esto Dios se lo aceptó; pero Cain escogió para su sacrificio los frutos mas tristes y macilentos que halló en sus campos, juzgando que para Dios cualquiera cosa era buena; y por esto Dios se lo despreció.

Hé aquí lo que pasa con los niños al llegar á la edad de re-

flexionar: unos ofrecen á Dios la parte mas bella y hermosa de su vida, que es la juventud; otros al contrario le reservan la parte mas inútil y despreciable, que es la vejez. ¿Y qué hace el Señor en vista de esta diferencia? Acepta con agrado el sacrificio de los primeros, y como á Abel los llena de gracias y bendiciones; pero detesta la ofrenda de los segundos, y como á Cain les hace experimentar el peso de su indignacion. Y con mucha razon se indigna Dios contra los niños que, negándole los servicios de la primera edad, dicen que le servirán cuando sean viejos, porque esto propiamente no es otra cosa que burlarse de él. Porque ¿no es burlarse de Dios gastar los mejores años en servir al mundo, y esperar á servir á él cuando ya casi no se es bueno para nada? Si entrando vosotros en un jardin lleno de hermosas flores, el dueño os regalase una, pero esta fuese la mas marchita, la mas seca, la mas tostada por los rayos del sol, decidme, ¿no pensaríais que os hace una burla? ¿no lo tendríais por un insulto? ¿Qué decís?—(Sí, padre). Pues esta burla, este insulto hacen á Dios aquellos niños que esperan la vejez para servirle y amarle; pues pudiendo ofrecerle otras edades mas hermosas, le ofrecen la mas fea que encuentran en todo el curso de su vida. Le niegan la niñez, porque la quieren para las pasiones: le niegan la juventud, porque la destinan al servicio del mundo: le niegan la virilidad, porque desean emplearla en obsequio del vicio; y le ofrecen ¿qué? ¡oh vergüenza! le ofrecen la vejez, porque no saben á qué otro objeto destinarla. ¿Puede haber un desacato mayor?...

No para aquí todo el mal: estos niños imitadores de Cain, no solo ofrecen á Dios la parte mas miserable de su vida, sino que le niegan los servicios de aquella edad que él mas ama y aprecia. Yo no dudo que, aunque Dios desea mucho ser amado y servido de todos los hombres, desea serlo muy especial-

mente de los niños. ¿Y sabeis en qué me fundo? En el amor especial que muestra para con ellos. Si vosotros deseais una prueba del afecto cariñoso que Dios profesa á los niños, mirad las demostraciones continuas de ternura que Jesucristo les hizo mientras vivió en la tierra.

¡Ah! su amoroso corazon no parecia estar contento sino cuando se hallaba en medio de ellos. ¡Con qué dulzura los llamaba á sí y los atraia á sus brazos! ¡Con qué bondad los recibia! ¡Con qué mansedumbre los catequizaba! ¡Con qué ternura los abrazaba y les daba su bendicion! Los niños de Judea estaban tan prendados de su dulzura y amabilidad, que en entrando él en alguna poblacion, al punto procuraban escapar de los brazos de sus madres, y corrian á donde él estaba, deseosos de que les hiciese alguna caricia. Sucedia á veces que los Apóstoles querian apartarlos de él, á fin de que no le molestasen; pero advirtiéndolo el amantísimo Salvador, les decia: ¿por qué no quereis que estos chiquillos se acerquen á mí? Dejadlos venir, pues ellos son mi gozo, mi alegría y mi corona: mi corazon rebosa de contento cuando me veo rodeado de esos coros de angelitos, llenos de candor y de inocencia; porque preveo que de ellos será algun dia el reino de los cielos: *Sinite parvulos venire ad me, talium est enim regnum caelorum* ¹.

Y no creais, hijos míos, que el amantísimo Salvador hiciese consistir su amor á los niños en solas palabras y demostraciones. ¡Con cuántas obras, con cuántos beneficios les probó la sinceridad de su afecto! Leed el Evangelio, y veréis que las curaciones mas admirables que obró, las hizo con niños. Niño era aquel paralítico de Cafarnaum á quien dió la salud cuando ya estaba á punto de morir ²: niño era aquel lunático del que echó al demonio, que frecuentemente le incitaba á

¹ Matth. xix, 14. — ² Matth. viii, 6.

arrojarse en el fuego y en el agua ¹: niña era la hija de la Cananea, á la cual libró tambien del demonio que cruelmente la atormentaba ². Y de los doce Apóstoles que tuvo ¿á cuál amó con mas ternura? ¿á cuál dió mayores pruebas de cariño? Al mas jóven de todos, que era san Juan.

Pero lo que mas que ninguna otra cosa os hará conocer el amor tiernísimo que Jesucristo profesa á los niños, es aquella espantosa sentencia que pronunció contra cualquiera que los escandalice, es decir, que les enseñe á pecar. Si alguno, dijo, se atreviere á escandalizar á alguno de esos pequeñuelos que creen en mí, ¡ah! si alguno se atreviere á hacerme esta injuria, mejor le fuera que con una rueda de molino atada al cuello fuese precipitado en lo mas profundo del mar. ¿Podia el amantísimo Salvador declarar de un modo mas patente el entrañable amor que os tiene? ¿podia mostrarse mas interesado por vuestro bien? Y en vista de un amor tan grande, ¿tendréis valor, hijos míos, para negarle los afectos mas tiernos de vuestro corazon? ¿Querréis diferir para mas adelante el servir á un Dios que tan tiernamente os ama? ¡Ah! me parece imposible llegue á tanto vuestra ingratitud.

Esto seria, no ya solamente mostraros desagradecidos al amor especial con que os honra, sino abusar indignamente de las inestimables gracias que ahora os dispensa, á fin de ganaros el corazon y atraeros á sus amorosos brazos; gracias que son propias de vuestra edad, y que tal vez os serán negadas tan pronto como llegueis á una edad mas adelantada. Yo debo descubriros aquí un secreto que tal vez no llegaríais á descubrir sino cuando ya seria tarde, y es que cuando somos niños Dios nos favorece con ciertas gracias que, siendo como un privilegio exclusivo de la niñez, cesan luego que co-

¹ Matth. xvii, 14. — ² Matth. xv, 22.

menzamos á ser ya adultos. ¿Cuántos hay que, mientras fueron pequeñitos, se vieron favorecidos con consolaciones las mas dulces, con inspiraciones las mas santas, con llamamientos los mas tiernos y suaves; y apenas hubieron salido de la primera edad, dejaron de experimentar semejantes favores, como si Dios se hubiese retirado de ellos?

Yo, hijos míos, soy uno de tantos, y puedo servir de ejemplo en confirmacion de esta verdad. Tengo bien presente que, siendo de vuestra edad, experimentaba en mi espíritu cosas que no experimento ahora: entonces todo me conmovia, todo me hablaba, todo me conducia á Dios. La simple vista de un Crucifijo me hacia verter lágrimas, la lectura de un libro devoto me inflamaba el corazon, la relacion de la vida de un Santo me conmovia fuertemente el alma; cuando ahora nada me mueve, nada me impresiona. El Señor ha hecho conmigo lo que hacen ciertas madres con sus hijos, las cuales, mientras son pequeñitos, les hacen muchas caricias y los alimentan con dulces; y cuando los tienen ya grandes, los tratan con severidad y les dan á comer pan duro. No digo esto para quejarme de Dios, pues conozco que me trata como merezco, y gracias aun de que se digne admitirme á su servicio; lo digo para que entendais que, generalmente hablando, la niñez es la época dichosa en que Dios, digámoslo así, se divierte con las almas, las regala, las acaricia, manifestándoles de mil modos su amor y cariño.

Ahora bien, amados míos, un Dios que tan ardentemente desea verse amado y servido de vosotros, un Dios que, para conseguirlo, os muestra de su parte un afecto tan tierno y amoroso, un Dios que os dispensa tantas gracias y favores, ¿no merece que vosotros le ameis con todo el corazon, con toda el alma? ¿Qué decís?—(Si, padre). ¿No seria hacerle la mayor de todas las injurias esperar á servirle en edad mas

adelantada, y entre tanto emplear esta hermosa estacion en ofenderle?—(Si, padre). Pues prometedme, hijos, que nunca ofenderéis mortalmente á este buen Señor, y que no daréis á otro que á él vuestro tierno corazon. ¿Me lo prometéis?—(Si, padre). ¿Y puedo yo prometerme que cumpliréis la palabra que acabais de darme?—(Si, padre). Ángel tutelar de este templo, recoge las palabras que acaban de pronunciar estos niños; y presentándolas ante el trono del Altísimo, suplícale les dé su santa gracia para que las cumplan fielmente. Y Vos, Virgen santísima, echadles vuestra santa bendicion, mientras yo y ellos, postrados humildemente á vuestros piés, os saludamos con tres *Ave Marias*.

TERCER DIA DE EJERCICIOS.

El ejercicio de la mañana se hará como el primer dia, teniendo presente la observacion que allí se hizo sobre la oportuna variacion del catecismo.

El del mediodía hágase tambien como está notado para el primer dia, á excepcion del exámen que se propondrá en la forma siguiente:

Efectos espantosos de la mala comunión.

Probet autem seipsum homo, et sic de pane illo edat. (I Cor. XI, 28).

Habiéndoos explicado en los dias anteriores el gran pecado que es recibir indignamente el sagrado Cuerpo de Jesucristo, debo explicaros hoy los grandes castigos que Dios suele dar á los que tienen la osadía de cometerlo. Estos castigos son